

El período ontológico de la Filosofía griega

Se denomina “período ontológico” a la etapa de la filosofía griega que se caracteriza por la aparición de los dos grandes sistemas filosóficos de la antigüedad.

Un sistema es un conjunto ordenado de elementos que se encuentran interrelacionados y que interactúan entre sí. El concepto se utiliza tanto para definir a un conjunto de conceptos como a objetos reales dotados de organización.

Un sistema real es una entidad material formada por componentes organizados que interactúan de forma en que las propiedades del conjunto no pueden deducirse por completo de las propiedades de las partes (una bicicleta, por ejemplo).

Un sistema conceptual es un conjunto organizado de definiciones, símbolos y otros instrumentos del pensamiento (como las matemáticas, la notación musical y la lógica formal). La Filosofía trata de integrar todos los sistemas parciales de conocimiento (matemáticas, biología, física, antropología, ética, política, etc.) en un único sistema de tal manera que relacione todas las disciplinas particulares en un todo ordenado y coherente.



Este orden conceptual entraña una cierta organización jerárquica, de modo que unos conceptos y disciplinas aparecen subordinados a otros, como la medicina está subordinada a la química y las explicaciones acerca del funcionamiento de un organismo deben respetar y ser coherentes con las leyes químicas de las que dependen.

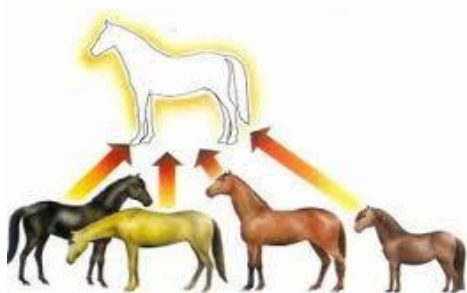
Así, en un sistema de conocimiento que pretenda abarcar la totalidad de lo conocido nos encontramos con dos disciplinas básicas y fundamentales de las que dependen todas las demás. Éstas son la Metafísica u Ontología y la Gnoseología o Epistemología. La primera pretende dar una explicación de la realidad, precisando el significado de la palabra “ser”, aclarando cuáles son las características que debe tener algo para que se puede decir de él que “es”, estableciendo clasificaciones de los seres o de las modos de ser, etc.

La Epistemología, por su parte, pretende dar cuenta de la posibilidad del conocimiento y de cual es método a través del cual podemos acceder a él.

Ambas disciplinas están tan relacionadas entre sí que es difícil decir cuál de ellas es la fundamental y cuál es la subordinada. El hecho es que en la época griega clásica se dio más importancia a la Ontología, de la cual se hacía depender la Epistemología y ese es el motivo por lo que se denomina a esta época “período ontológico” y en ella los sistemas filosóficos se clasifican en función de su concepción metafísica, de la que reciben el nombre. Los dos grandes sistemas de este período son el **Idealismo**, que sostenía Platón y el **Realismo** que mantenía su discípulo Aristóteles. Más adelante, al irrumpir la Modernidad, los autores, en permanente conflicto con las cuestiones de fe, dirigen atención prioritaria al problema del conocimiento tratando de establecer un método objetivo de conocimiento que mantenga la independencia respecto de las creencias personales. Es por eso que los sistemas filosóficos modernos reciben el nombre de su concepción epistemológica, pasando a denominarse **Racionalistas y Empiristas**.

El Idealismo de Platón

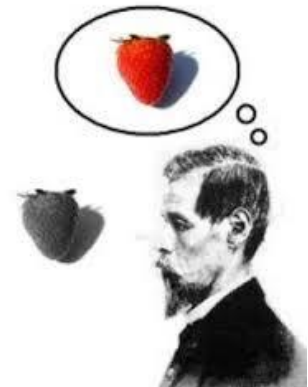
Platón era ateniense. Nació en el año 428 a. de C. y murió en 348 a. de C. Atenas era entonces una polis en la que se había instaurado una democracia radical, aunque limitada. Limitada a aquellos varones adultos que ostentaban el título de ciudadanos, radical porque aun con esas limitaciones, las decisiones importantes eran decididas mediante el voto de la Asamblea, en la que podían participar todos los ciudadanos. Pero la Asamblea no siempre decidió de manera sensata y en muchas ocasiones los ciudadanos se dejaron convencer por la elocuencia de algunos oradores interesados o por las pasiones del momento. Tal ocurrió en el caso de la condena a muerte de Sócrates, al que Platón admiraba considerándolo un hombre sabio y honesto. La propia Asamblea ateniense reaccionó arrepintiéndose posteriormente y condenando a los instigadores de la decisión. Pero el arrepentimiento llega siempre demasiado tarde y Platón se dedicó desde entonces a reflexionar sobre cuál sería la organización política ideal. Esto le llevó a reflexionar sobre cuestiones morales como qué es el bien o en qué consiste la justicia más allá de las múltiples interpretaciones que se hacen de ellos. Finalmente, afrontó las cuestiones metafísicas u ontológicas tratando de entender qué es real y qué no, qué es lo que hace que algo sea verdaderamente bueno, justo, bello o valiente.



La conclusión a la que llegó partía del hecho de que, acerca de lo mismo, no puede haber dos verdades diferentes y que la aparente diversidad que presentan las cosas puede siempre ser reducida a la unidad. Individuos tan diferentes como una hormiga y un elefante deben por fuerza tener algo en común para que sean lo mismo, a saber, animales; ello es la “animalidad”. Actos tan diferentes como el arrojo en la batalla, la defensa de un ideal, la entereza al afrontar cualquier riesgo, deben tener algo en común para que se pueda decir de los que los realizan que son valientes; ello es la “valentía”. Una sabia decisión en el reparto de bienes o la aplicación de un castigo oportuno deben tener algo en común para que ambos sean justos; ello es la “justicia”. Mas al indagar en qué consiste cada uno de esos géneros topamos con la torpeza de nuestras observaciones, de las que no se puede extraer ninguna conclusión válida y definitiva para todo tiempo y lugar, pues lo que aquí parece justo es condenado allí, al que hoy rendimos honores podemos considerarlo villano mañana. Pero lo mismo no puede ser al tiempo justo e injusto, valiente y cobarde, grande y pequeño, vivo e inerte; ni pueden los animales dejar de serlo, ni los actos justos pasar a ser injustos, etc. Mas no pueden ser mostradas la justicia de lo justo, la valentía de lo valiente; no podemos señalarlas y decir “aquello de allí es la justicia”. ¿Qué son pues, la justicia, la valentía, la animalidad, la generosidad?

Lo universal no se puede percibir por medio de los sentidos y sin embargo es real, más aún, es la verdadera realidad, aquello de lo que depende cualquier realidad para serlo, especialmente lo sensible, a lo que solemos considerar real por sí mismo sin darnos cuenta de que debe su ser al género al que pertenece. Los universales, los géneros son la verdadera realidad de las cosas sensibles, aunque ellos mismo no sean sensibles. De modo que Platón llegó a la conclusión de que existe otra realidad además del mundo material y sensible, una realidad cuyos objetos no

se pueden ver, ni oír, ni tocar, que no ocupan un lugar en el espacio, que no miden nada, porque no son materiales. A esos objetos los denominó **Ideas**, término que en Platón adquiere un significado peculiar, pues no se trata de meros conceptos que se encuentren en la mente de alguna persona, sino realidades que existen en sí mismas, que son independientes de cualquier otra realidad, que existen desde siempre, al contrario que los objetos del mundo material en donde todo nace y muere, en un momento empieza a ser para más tarde dejar de existir. Las **Ideas**, sin embargo, son eternas, inmutables, únicas. De modo que, aunque varias personas tengan conceptos diferentes de una misma realidad, solo uno puede de ellos ser verdadero, una única verdad para cada cosa. La verdad, de hecho, son las ideas en sí mismas, todo lo demás no son más que burdas imitaciones de las Ideas, como las copias que un artista hace del original.



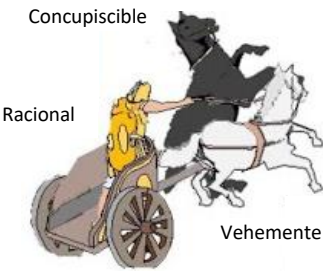
Resumiendo, Platón considera la existencia de dos realidades, dos mundos como él las denomina, diferentes, una material, sensible, diversa y siempre cambiante, a la que denomina **Mundo sensible** y otra inmaterial, inmutable, constituida por objetos únicos en su género, que no podemos percibir por medio de los sentidos, aunque sí por medio de la inteligencia, de la mente, a la que denomina **Mundo de las Ideas** o **Mundo Inteligible**. Esto hace que puede clasificarse a la metafísica platónica como **dualista**, aunque el hecho de que el Mundo Inteligible albergue la verdad, de la que el sensible no es más que una copia de la misma manera que el retrato que dibuja un artista no es el personaje original sino solo una copia, hace que el sistema platónico sea también considerado **idealista** y de la misma manera que el cuadro será tanto mejor cuanto más se acerque al personaje retratado, así los objetos del mundo sensible serán tanto mejores cuanto más se aproximen a la idea. Las Ideas son, pues, el bien de las cosas, su modelo, el ideal, la meta a alcanzar.

Pero entonces, ¿cómo se puede alcanzar la verdad? ¿Cómo podemos llegar a conocer una realidad que no podemos percibir más que a través de meras apariencias, de imitaciones siempre cambiantes? La Epistemología platónica, en consonancia con su teoría de las Ideas, mantiene que el único medio válido de conocimiento nos lo proporciona nuestra mente, la inteligencia. Las percepciones sensibles solo pueden plantearnos interrogantes, incitarnos a buscar la verdad, pero ellas mismas no pueden proporcionárnosla. Solo la mente, por medio de un laborioso proceso de búsqueda, al que denomina **dialéctica** (que significa: “a través del logos”) por medio del puro razonamiento.

En conformidad con el **dualismo metafísico**, Platón formula también un **dualismo antropológico**. Mantiene que también el ser humano se compone de dos realidades, alma y cuerpo; el segundo está compuesto de los cuatro elementos de Empédocles y pertenece por tanto al mundo material o sensible, mientras que el alma es una realidad inmaterial que no se puede percibir por los sentidos y por tanto pertenece al mundo de las ideas.

El alma hace posible que una determinada cantidad de materia pueda estar dotada de vida y también que le sea posible el conocimiento, tanto el conocimiento sensible como el inteligible. El alma cumple, por tanto, varias funciones que Platón denomina **racional**, la que dota al

cuerpo de la posibilidad de conocimiento inteligible; **irascible**, que le proporciona la energía necesaria para la vida y **concupiscible**, que le permite el conocimiento sensible y en donde residen también nuestros apetitos sensibles.



Puesto que el lugar natural del alma es el mundo de la ideas y se encuentra en el cuerpo como encerrada en una cárcel de la que aspira a liberarse, existe en ella una tendencia a regresar a ese mundo al que pertenece, donde encontrará la paz y la felicidad, libre de las ataduras corporales. Pero esto solo es posible si durante la vida se encierra en sí misma y desarrolla sus facultades superiores, procediendo con la fortaleza necesaria para obedecer a la razón y prescindir de los apetitos sensibles que solo pueden ser satisfechos por medio del cuerpo. Por eso, el alma de aquel vive de esa manera, cuando el cuerpo se muere, estará plenamente purificada y podrá regresar al su lugar natural. Mientras que el alma de aquel que durante su vida se vuelca en el goce de los apetitos se irá aferrando al cuerpo del que se sirve para satisfacer sus más bajas pasiones y cuando éste se muera el alma se enganchará a otro cuerpo, iniciándose así un ciclo de transmigraciones del que solo podrá liberarse mediante la purificación.

De igual manera, el Estado justo será aquél que obedeciendo a los sabios sea capaz de contener los intereses arbitrarios de la masa de artesanos y disponer sus leyes bajo el dictado dela razón. Ese sería gobierno de los mejores, la Aristocracia.

SISTEMA IDEALISTA DE PLATÓN

Ontología	Gnoseología	Antropología	Política	Ética
Mundo Inteligible Verdadero	Razón Dialéctica	Racional	Gobernantes	Sabiduría
		Vehemente	Guardianes	Fortaleza
Mundo Sensible Aparente	Sentidos Engañosos	Concupiscible	Artesanos	Moderación

El Realismo aristotélico

Aristóteles no está de acuerdo con el idealismo de Platón. Era hijo del médico de la corte del rey de Macedonia, Filipo II, que le proporcionó una educación más práctica y dirigida al conocimiento de la naturaleza. Critica la teoría platónica porque no sirve para explicar los cambios que produce la naturaleza en los seres naturales.

Así pues, para Aristóteles no existe ninguna otra realidad que no sea la propia naturaleza, los seres que ésta produce y que nosotros percibimos por medio de los sentidos.

Todos los seres naturales se caracterizan por su individualidad y porque están sometidos a constantes cambios. En efecto, para Aristóteles solo existen seres individuales, esta flor, aquel árbol, etc. Todos ellos son, además, materiales, todos están constituidos de alguna materia resultante de la mezcla de los cuatro elementos de Empédocles (en esto coincide con Platón). No existe, pues, “el hombre”, sino este o aquel individuo, que es un hombre. Los conceptos generales (“hombre”, “animal”, “vivo”, etc) no son más que abstracciones que realiza el entendimiento humano a partir de los datos que nos proporciona la percepción sensible. Abstracciones basadas en la realidad de los individuos pero existentes solo en el entendimiento humano. De ahí que podamos clasificar la epistemología aristotélica como **empirista**.

Pero las características de cada ser cambian a lo largo del tiempo, de modo que el mismo individuo puede variar de tamaño, de color, de olor, etc. La cantidad de cambios que puede experimentar un ser cualquiera es tal que, por ejemplo, un humano, una planta, un animal, pueden llegar a ser irreconocibles en dos momentos diferentes del tiempo, aunque sigan siendo el mismo individuo.

La primera pregunta que cabe formularse es la siguiente: Si todas las características aparentes que observamos en un individuo pueden cambiar y el individuo sigue siendo el mismo, ¿qué es el individuo?, ¿cuáles son las características que lo determinan? Es como si el individuo mismo escapase a nuestra percepción, como si no pudiéramos percibirlo a no ser a través de ciertos rasgos variables que no son él mismo sino rasgos que él tiene. Es por eso que el individuo recibe el nombre de “**substancia**” (lo que está debajo), lo que está oculto por los rasgos que se nos aparecen.

A pesar de todo, los cambios que puede experimentar un individuo, una substancia, no son ilimitados sino que en un momento dado, el individuo deja de ser el que es, deja de existir como tal. Nuestros antepasados ya no existen, ya no son más las personas que han sido; sin embargo, los elementos materiales de que estaba compuesto su cuerpo no han desaparecido, no han pasado sin más a dejar de ser. Podemos decir que la materia de que estaban compuestos se ha transformado (trans-formado) en otra cosa distinta, o en otras cosas diferentes.

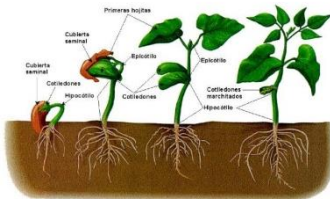
La conclusión a la que llega Aristóteles es que las substancias se componen de dos principios fundamentales: la **materia** de la que están compuestas y las **formas** que adopta esa materia, formas siempre cambiantes que hacen que la materia puede ser cosas diferentes en función de la forma que adopte. Dos principios que, aunque distinguibles conceptualmente, son

inseparables, pues no es posible encontrar en la naturaleza una materia sin forma ni una forma que no sea la forma de alguna materia.

Puesto que un ser puede experimentar algunos cambios sin dejar de ser el mismo ser mientras ciertos cambios implican dejar de ser lo que se es y pasar a ser una cosa diferente, Aristóteles divide la forma en “**forma esencial o substancial**” y “**forma accidental**”.



Materia - forma



Cambios posibles: La planta es en potencia en la semilla.



Cambios imposibles: La planta no es en potencia en el huevo.

Por otro lado, aunque un individuo pueda experimentar muchos cambios, ello no quiere decir que pueda experimentar cualquier cambio. Para que un cambio sea posible es necesario que previamente exista esa posibilidad en el individuo en cuestión, de modo que la forma de cada substancia incluye ciertas posibilidades de llegar a ser. A estas posibilidades les llama Aristóteles “**potencias**” y a la posibilidad realizada “**acto**”. Todo cambio, pues, consiste en pasar de la potencia al acto.

Lo que un ser es en un determinado momento lo es “en acto” lo que puede llegar a ser pero todavía no es, es en potencia.

Puesto que la forma de cualquier substancia incluye todas las posibilidades de ser de ese individuo, posibilidades que le vienen dadas por su propia naturaleza, parece lógico pensar que la naturaleza dota a cada ser de una **finalidad intrínseca** que consiste en desarrollar sus posibilidades específicas, aquellas que constituyen su esencial especificidad. El desarrolla pleno de tales potencialidades constituye la bondad; de manera que un buen manzano será aquel que produzca manzanas, pues esa su potencia específica; y será mejor aquel que produzca más y mejores manzanas y así con todos los individuos.

Desde ese punto de vista, Aristóteles se propone averiguar cuáles son las potencialidades específicas del ser humano, aquellas que le fueron proporcionadas por la naturaleza dotándolo así de una finalidad esencial que constituye su bondad y con cuyo cumplimiento alcanza su plenitud y conquista la felicidad.

Clasificando a los seres en función de sus potencialidades observa que los seres artificiales no pueden cambiar por sí mismos; los seres inertes únicamente pueden dirigirse a sí mismos hacia su lugar natural, mientras que los seres vivos pueden dirigirse a sí mismos a su propio fin, a su propio bien, al desarrollo de las potencialidades específicas de su propia forma, que en el caso de los vegetales incluye la nutrición, el crecimiento y la reproducción; en el caso de los animales, las facultades sensitivas: conocimiento y apetito sensitivos y, por fin, el ser humano, además de las potencialidades anteriores, puede desarrollar la función intelectual: conocimiento intelectual y apetito intelectual o voluntad. De modo que en esta última función se hallará la actividad más elevada que pueda realizar el ser humano, a saber, la actividad teórica o contemplativa, que le conducirá a la sabiduría y le permitirá adquirir la prudencia, necesaria para decidir cada una de sus acciones. Bien entendido que este perfeccionamiento deberá realizarlo a lo largo de su vida pues la forma (el alma) no persistirá separada de la

materia tras la descomposición y muerte de ésta. Por lo que el sistema aristotélico establece una **teleología inmanente**, al contrario que Platón que había dotado a la naturaleza y al ser humano de una **teleología trascendente**.

SISTEMA REALISTA DE ARISTÓTELES

